

Pedagogía y educación

Rodrigo Barrantes*

1. Introducción.

Aun cuando la "sociología" se defina como ciencia de las socialidades, no es posible tratar a los grupos humanos, sin llegar hasta el individuo, elemento último del que están compuestos los grupos. El producto por excelencia de la actividad colectiva es ese conjunto de bienes intelectuales y morales que se denomina civilización. La civilización influye en el hombre y es la que lo distingue del animal. Sólo en el análisis histórico se podrá obtener cómo se ha formado el hombre, en cuanto es producto de ésta.

El hombre, en su naturaleza, responde a una dualidad: por un lado el cuerpo y por otro el alma. Estos pueden ser complemento y conflicto a la vez, también puede decirse que esta dualidad se da en otros niveles como en la inteligencia ya que por un lado están las sensaciones y las tendencias sensibles y por otro lado está el pensamiento conceptual y la actividad moral, así Pascal denominó al hombre "ángel y bestia".

La civilización trajo, entre sus bienes intelectuales de corte colectivo, la educación. Esta debe analizarse dentro del proceso histórico tal y como se anotó anteriormente.

La palabra educación se ha empleado en un sentido muy amplio para designar el conjunto de influencias que la naturaleza o los demás hombres pueden ejercer, sobre la inteligencia o sobre la voluntad de otros o como dijo Werner Jaeger, es el principio mediante el cual la comunidad humana conserva su peculiaridad física y espiritual.

Comprende aquello que hacemos por nuestra cuenta y todo lo que los demás hacen por medio de nosotros, a fin de acercarnos a la perfección de la naturaleza humana.

La acción de las cosas sobre los hombres es muy diversa, como modo de obrar y como

* Máster en Educación, egresados del Doctorado en Educación en la UNED de España. Director de Docencia de la UNED y Profesor de la Facultad de Educación de la Universidad de Costa Rica.

resultado y puede ser muy diferente de la que ejercen los propios hombres. De aquí que interese la relación que los hombres adultos ejercen sobre jóvenes y a ésta se le puede reservar el término "educación", como la connotación que históricamente es más común hoy y siempre.

Según Kant "la finalidad de la educación consiste en desarrollar en cada individuo toda la perfección que cabe dentro de sus posibilidades". Entiéndase por perfección el desarrollo armónico de todas las facultades humanas.

Si es cierto que este desarrollo armónico es necesario y deseable, no será posible realizarlo por entero, pues se entraría en una contradicción con otra regla de la conducta humana: la que ordena que nos consagremos a una tarea particular y limitada, especialmente hoy en que la producción del conocimiento es inagotable y constante.

No se pueden ni se deben entregar todos al mismo género de vida, se deben desarrollar funciones diferentes y que cada uno busque la armonía con lo que le incumbe.

La armonía perfecta no puede presentarse como la finalidad suprema de la conducta y de la educación.

Según James Mili, la educación debería "hacer al individuo un instrumento de felicidad por sí mismo y para sus semejantes", pero la felicidad es esencial-

mente subjetiva y que cada uno aprecia a su modo, por lo que esta definición deja sin determinar la finalidad de la educación y consiguientemente la educación misma, puesto que se abandona en manos del arbitrio individual.

De esa manera solamente es posible expresar las necesidades vitales más inmediatas. Un espíritu culto prefiere no vivir antes de renunciar a los gozos de la inteligencia.

Lo que ayer parecía ser suficiente, hoy parece que está por debajo de la dignidad del individuo y todo parece presumir que las exigencias a este respecto irán aumentando con el correr de los días.

Todas esas definiciones parten de que existe una educación ideal, perfecta, instintivamente válida para todos los hombres. Esta es la educación que los teóricos se esfuerzan en definir, pero históricamente se comprueba que esto no es posible. La educación ha variado infinitamente, según los tiempos y los países, así los griegos y latinos se esforzaron por subordinar el individuo a la colectividad, ahora la educación pretende formar una persona autónoma. Los atenienses buscaban formar espíritus apasionados por la armonía, por la belleza; en Roma se buscaba convertir hombres de acción apasionados por la gloria militar; en la Edad Media la educación era sobre todo cristiana, en el Renacimiento adquirió un carácter más laico y literario; hoy, la ciencia y especialmente la telemática tienden a ocupar el puesto que ocupó en otros tiempos el arte.

Hay necesidades ineludibles de las que no se puede abstraer la educación. Todo sistema educativo tiene un conjunto de prácticas y de instituciones que se organizan en el tiempo, solidarias de las demás instituciones sociales y que no pueden modificarse a voluntad como tampoco pueden modificarse las estructuras sociales. El sistema educativo busca un fin determinado y parece, a veces, que las formas educativas del pasado se presentan como un error total o parcial. Lo que se debe hacer es valorar esos errores y preguntarse por lo que tiene que ser, la enseñanza de la historia evita caer en los mismos errores que se cometiera anteriormente.

La sociedad impone un sistema educativo con gran fuerza, es inútil educar a los hijos como cada cual quiera, ya que estos vivirán en una sociedad que les exigirá ciertas normas que deben cumplir para desarrollarse en armonía. Existe, por lo tanto, en cada período un modelo normativo de la educación del que no es lícito apartarse sin tropezar con resistencias que intenten contener las veleidades de los disidentes.

El pasado de la humanidad ha contribuido a acrecentar el conjunto donde se encuadra la educación de hoy, no se puede pensar en un "tabula rasa" para edificar un sistema educativo. La observación histórica resulta indispensable, no sólo para establecer la noción preliminar de "educación", sino para determinar lo que se denomina con esa palabra.

2. La educación de los niños

Para que se tenga educación es necesaria una generación de adultos y otra de jóvenes, así como una acción ejercida por los primeros sobre los segundos. Ahora, debe definirse la naturaleza de esta acción.

En todo sistema educativo se da un doble aspecto: se puede decir que existen tantas especies diversas de educación como ambientes sociales hay. La educación de la ciudad es diferente a la del campo, la de los burgueses es diferente a la de los obreros. Esto parece no ser justo, pero es una realidad, por eso se tiende cada vez más a la diferenciación y a la especialización, ésta última es más precoz. Para tener una educación homogénea e igualitaria, se tendría que remontar a las sociedades prehistóricas en que no existían diferenciaciones.

Pero, todos estos matices de la educación tienen una base común. Hasta en aquellos países en los que la sociedad está dividida en castas cerradas, existe una religión común y hay principios que son comunes a todos. La educación de ricos y pobres, tanto la que conduce a carreras liberales como la que prepara para las funciones industriales, tiene la finalidad de fijar la idea de la importancia de nuestras facultades, sobre el derecho y el deber, sobre la sociedad, sobre el individuo, sobre el progreso y sobre la ciencia, el arte, etc. Cada sociedad se forma un determinado ideal de hombre, desde el punto de vista intelectual, físico y moral. Esta idea en cierta medida, es la misma para todos los ciudadanos. Es al mismo tiempo uno y diverso. Así pues, la educación tiene como función suscitar en el niño:

- a) cierto número de estados físicos y mentales que la sociedad a la que pertenece considera que no deben estar ausentes,
- b) ciertas condiciones físicas y mentales que el grupo social, considere deben encontrarse en aquellos que lo constituyen.

Es la sociedad en conjunto y cada uno de los ambientes sociales en particular, quienes determinan este ideal que la educación tiene que realizar.

La sociedad no puede vivir si no se da entre sus miembros una homogeneidad suficiente, pero también debe existir cierta diversidad que impone la vida colectiva. La educación debe asegurar la persistencia de esa diversidad.

"La educación no es para la sociedad más que el medio por el cual logrará crear en el corazón de las jóvenes generaciones las condiciones esenciales para la propia existencia". (Durkheim, 1976, p. 97)

En este sentido, puede decirse que la educación es la acción ejercida por las generaciones adultas sobre las que no están maduras aún para la vida social. Tiene como objetivo suscitar y desarrollar en el niño ciertos estados físicos, intelectuales y morales que éste requiere tanto en la sociedad política como en el ambiente particular al que está destinado de manera específica.

3. Carácter social de la educación

La educación consiste en una socialización metódica de la generación joven. En cada persona hay dos seres, a pesar de ser inseparables, no pueden evitar ser distintos. El uno está hecho de todos los estados mentales que no se refieren más que a nosotros mismos y a los acontecimientos de nuestra vida personal. El otro es un sistema de ideas, de sentimientos y de hábitos que expresan en la persona, no la personalidad, sino el grupo o los grupos diversos de los que se forma parte. De éste género son las creencias religiosas, las prácticas morales, las tradiciones nacionales, etc. Es lo que forman el ser social, en este caso, el objetivo de la educación sería constituir ese ser.

Espontáneamente el hombre no está propenso a someterse a una autoridad política, a respetar una disciplina moral y a entregarse al sacrificio por los demás, ha sido la sociedad la que ha sacado estas fuerzas morales y el hombre se siente inferior ante ellas. El niño debe inducirse para cambiar su comportamiento egoísta y poder llevar una vida moral y social. Esa es la obra de la educación: formar un ser nuevo.

Esta virtud creadora es un privilegio especial de la educación humana; es diferente de la que reciben los animales (adiestramiento). En el hombre las aptitudes de todo género que presupone la vida social son demasiado complejas para encarnarse y materializarse bajo la forma de predisposiciones orgánicas, por eso no pueden transmitirse por herencia, tiene que llevarse a cabo mediante un proceso. "El hombre no ha conocido la sed del saber más que cuando la sociedad la ha despertado en él. Y la sociedad no la ha despertado más que cuando ella misma se ha visto necesitada de ese saber" (Ibid, p. 100).

Cuando la cultura científica se hizo indispensable, la sociedad exigió a sus miembros que esa ciencia era un deber. Esto mismo sucede en el caso de las cualidades físicas.

Es la sociedad la que hace salir al hombre de su egocentrismo, lo que obliga a tener otros intereses distintos de los propios, lo que enseña a dominar las pasiones, los instintos, a padecer privaciones, a subordinar los objetivos personales a una finalidad

más elevada. Esto se logra a medida que se hace el hombre en el pleno sentido de la palabra.

La ciencia es una obra colectiva, ya que supone una amplia colaboración de todos los hombres de ciencia, no solo de una misma época, sino de todas las épocas de la historia.

El lenguaje da todo un sistema de ideas distintas y clasificadas de las que somos herederos y que permite al hombre ubicarse por encima de la pura sensación y ante todo el lenguaje es un elemento social que comunica y pone en interacción a los hombres.

Si el hombre se retirase de todo lo que recibe de la sociedad, volvería a caer en el nivel en que se mueven los animales. Los resultados de la experiencia humana se conservan casi íntegramente, incluso en sus detalles, gracias a los libros, la tradición oral, los utensilios, etc. así pasa de una generación a otra y ésta le añade algo más y se van vinculando unas a otras.

La acción que la sociedad ejerce sobre el hombre, sobre todo por medio de la educación, no debería tener como finalidad oprimirlo, disminuirlo o desnaturalizarlo; por el contrario, debería buscar engrandecerlo y hacer de él un ser verdaderamente humano. Pero hay que hacer un esfuerzo individual, y éste debería constituirse en una característica de todo ser humano.

4. La función del Estado en materia de educación

Para muchas personas, al padre le corresponde el derecho de dirigir, de la forma que juzgue necesaria, el desarrollo intelectual y moral de sus hijos. La educación se concibe entonces como una cosa esencialmente privada y doméstica. Desde esa perspectiva se tiende a reducir el papel del Estado en esta materia y se dice que éste debe limitarse a servir de auxiliar y de sustituto a las familias. El Estado por su parte debe cumplir con su deber en forma eficiente, supliendo de suficientes escuelas, maestros, materiales didácticos, apoyo logístico, etc., pero no debe tomar una acción destinada a imponer una orientación determinada al espíritu de la juventud.

Otro enfoque es considerar la educación prioritariamente como una función colectiva y su objeto la adaptación del niño al ambiente social en que está destinado a vivir. Es imposible que la sociedad deje de interesarse en la educación y es ésta la que debe recordar al maestro cuáles son las ideas, sentimientos que deben inculcarse al niño para ponerlo en armonía con el ambiente en que vivirá, de no ser así, la acción pedagógica perdería su sentido social y se podría po-

ner al servicio de ideologías particulares. Hay que elegir entonces, si se concede valor a la existencia social para asegurar entre los ciudadanos una suficiente comunidad de ideas y sentimientos y para ello es imposible que la educación quede al arbitrio de los particulares. Desde el momento en que la educación es una función esencialmente social, el Estado no puede desinteresarse de ella. Con esto no se quiere decir que el Estado tenga monopolio de la enseñanza. La cuestión es compleja, los límites dentro de los cuales tiene que desarrollarse su intervención difícilmente pueden ser determinados una vez por siempre, pero el principio de esta intervención no tiene muchos argumentos que lo rechacen.

La educación no es asunto de un partido político y el maestro faltaría a sus deberes si hiciera uso de su autoridad para arrastrar a sus alumnos al partido de sus simpatías, pero si se debe luchar por: respeto a la razón, a la ciencia, a las ideas y sentimientos que constituyen la base de la moral democrática. El Estado debe poner en relieve estos principios esenciales: hacer que se enseñe bien en sus escuelas y ejercer una acción que sea eficaz dentro de los límites prudentes de su competencia.

5. La educación y los medios de acción

Para Fontenelle "ni la buena educación forja un buen carácter, ni la mala lo destruye". Para Locke y para Halvetius la educación es omnipotente: todos los hombres nacen iguales y con aptitudes iguales, la educación crea la diferencia. Para otros, el porvenir del individuo está fijado a priori y no dejan un espacio especial a la educación.

Una característica del hombre es que las predisposiciones innatas son en él muy generales y vagas. Hay algunas que son establecidas, rígidas, invariables que no dejan mucho lugar para la acción de las causas externas: el instinto. El instinto es un sistema de movimientos determinados, siempre los mismos, sin que la reflexión intervenga. Por eso el instinto de conservación está mal llamado, lo que existe es un impulso de huir de la muerte. No es lo mismo con el instinto maternal, sexual, que son instintos en una misma dirección pero cambian de un individuo a otro. Pero, queda un largo espacio reservado a las incertidumbres, a las adaptaciones personales y lógicamente a la acción de causas que no pueden hacer sentir su influencia más que después del nacimiento. Entre esas causas se puede ubicar la educación.

Nadie nace criminal, lo que se hereda es una falta de equilibrio mental que hace al individuo más refractario a una conducta regular y disciplinada. Un temperamento semejante no destina a priori a un hombre a ser profeta, renovador, político o inventor, etc. Lo que el niño recibe de sus progenitores son ciertas facultades muy generales, una cierta fuerza de atención, de perseverancia, un juicio sano, imaginación, etc. Existe un desnivel entre las cualidades naturales y la forma que tienen que tomar para ser utilizadas en la vida. Las únicas formas de

actividad que pueden transmitirse hereditariamente son aquellas que se repiten siempre, de una manera suficientemente idéntica, para fijar una forma rígida dentro del tejido del organismo. Solamente ciertas disposiciones muy generales y vagas, son caracteres comunes a todas las experiencias particulares, éstas son las que sobreviven y pasan de una generación a otra.

Los caracteres innatos son muy genéricos, maleables y acomodados a las circunstancias y pueden recibir influencias determinadas por ciertos movimientos de la vida y por supuesto por la educación.

En la relación que mantiene el educador con el educando se da una serie de características, donde el maestro tiene preponderancia casi absoluta:

- a) el joven se encuentra en un estado bastante pasivo, todavía no tiene conciencia para luchar en contra de lo que sugiere el maestro, su voluntad es rudimentaria y sumamente sugestionable.
- b) el ascendiente que el maestro tiene naturalmente sobre el alumno, debido a su superioridad de experiencia y de cultura, dará naturalmente a su acción una poderosa eficacia.

El educador no está desarmado frente al alumno y esto debería preocuparle. Si los maestros se dieran verdadera cuenta que todo lo que hacen frente al niño y su personalidad, deja huella profunda en él, vigilarían mucho su lenguaje y su conducta. La educación no podrá conseguir grandes cosas cuando procede por saltos bruscos e intermitentes. Cuando la educación es paciente y continua, cuando no busca resultados inmediatos, sino que prosigue lentamente, sin dejarse desviar por los incidentes exteriores o las circunstancias fortuitas es cuando se dispone de todos los medios necesarios para imprimir un sello profundo en las almas de los educandos y en su personalidad.

La educación puede ser esencialmente una acción de "autoridad", esto puede ser en forma directa, al imponer al ser individualista y asocial que es el hombre al nacer, otro totalmente nuevo, solo así el niño se convertirá en hombre. Pero hay que esforzarse para ello, nada más ilusorio que el concepto epicúreo de la educación. El niño y el adulto deben tener sentido del deber, por medio de sus maestros o de sus padres, por eso éstos deben ser el deber encarnado y personifi-

cado. La autoridad moral es la principal cualidad del educador. Esta autoridad no tiene nada de violento ni represivo, es una especie de ascendiente moral. El maestro, entonces, debe poseer entre sus características dos condiciones principales: voluntad, porque la autoridad implica confianza y el niño no entregará su propia confianza a una persona vacilante e indecisa. Pero lo más importante es que sienta en sí mismo, aquella autoridad que tiene que dar sentido. Esta constituye una fuerza que no puede manifestarse si no se posee realmente. No es de fuera que el maestro consigue su autoridad es de su fe interior.

Así como el sacerdote es el intérprete de su dios, el maestro es el intérprete de las grandes ideas morales de su tiempo y de su país. Esta autoridad no debe causar orgullo ni pedantería, debe estar constituida en el respeto que siente de sus funciones. La autoridad del educador es más que un aspecto del deber y de la razón, el maestro debe ejercitar al niño para que reconozca su palabra.

6. Naturaleza y método de la pedagogía

Con frecuencia se confunden los términos "educación" y "pedagogía".

La educación, como se mencionó anteriormente, es la acción ejercida sobre los niños, por sus padres y maestros. Esta acción es continua, de cada instante y general. No hay un momento en la vida de las jóvenes generaciones que no estén en contacto con sus mayores y no reciban su influencia educadora. Hay una educación inconsciente que nunca cesa, la que se da por medio de los ejemplos, las palabras y los actos.

La pedagogía no consiste en acciones, ni en la manera de practicar la educación, sino en teorías que tratan de concebirla. A veces resulta tan distinta de los métodos prácticos que están en uso que llegan a oponerse a ellos, así las teorías pedagógicas de Rabelais, Rousseau o Pestalozzi están en oposición con la educación de su época.

"La educación no es más que la materia objeto de la pedagogía. Esta última consiste, de alguna manera especial, en la meditación sobre los problemas de la educación" (Ibid, p. 115).

Hay pueblos que no han tenido una pedagogía propiamente dicha, aún más esta ha aparecido solamente en una época relativamente avanzada de la historia.

Las características de la reflexión pedagógica dependen de si se le considera o no una doctrina científica. En el primer caso, se dice que la pedagogía es una ciencia: la ciencia de la educación. Esta debe tener las siguientes características:

- a) Los hechos a que se refieren son adquiridos, realizados, presentados a la observación.
- b) Los hechos deben presentar entre sí homogeneidad suficiente para poder ser clasificados en una misma categoría.

c) La ciencia estudia estos hechos para conocerlos de un modo desinteresado.

Las prácticas educativas no son hechos aislados para una misma sociedad, se encuentran ligados en un sistema idéntico cuyas partes concurren hacia un mismo objetivo.

Cada pueblo tiene su sistema de educación, como tiene su sistema moral, religioso, económico, etc.

Por semejanza o diferencia se pueden constituir tipos genéricos de educación, según diferentes sociedades. Así, se pueden obtener ciertas leyes que dominan la evolución de los sistemas educativos y permitan descubrir como éstos se han desarrollado.

Las teorías que han recibido el nombre de pedagogía son especulaciones de una especie muy distinta al estudio de la génesis y funcionamiento de los sistemas educativos. No persigue la misma finalidad ni emplea los mismos métodos. Su finalidad es determinar lo que debería ser la educación; o sea, no se orienta hacia el pasado ni hacia el presente, sino hacia el futuro. No se propone expresar ciertas realidades, sino promulgar ciertas reglas de conducta. Casi todos los pedagogistas, como Montaigne, Rousseau, Pestalozzi, etc. son espíritus revolucionarios que se han sublevado contra los usos de sus contemporáneos, no mencionan métodos antiguos o los existentes más que para condenarlos, para declarar que no tienen ningún fundamento en la naturaleza y se ponen a construir en su lugar algo enteramente nuevo. Por lo tanto, la Pedagogía es una cosa diferente de la ciencia de la educación. ¿Será un arte? El arte es una experiencia práctica adquirida por el contacto del maestro con los niños en el ejercicio de su profesión. Esto es evidentemente algo muy diferente de las teorías de la educación. Se llama arte a la sagacidad del hombre de estado, experto en el manejo de los asuntos públicos, el nombre de "arte" es todo aquello que es práctica pura, sin teoría; es un complejo de modos de obrar adaptados a una finalidad especial, que son el producto. Es iluminado por la reflexión, pero éste no es un elemento esencial, ya que el arte puede existir sin ella.

Pero entre el arte definido de este modo y la ciencia propiamente dicha queda lugar para una actitud mental intermedia. En vez de actuar sobre las cosas o sobre los seres, se reflexiona sobre los modos de proceder, apreciar todo lo que vale, si son lo que deben ser, si no sería más útil modificarlos e incluso sustituirlos por pro-

cedimientos nuevos. Estas reflexiones toman la forma de teorías, se trata de combinaciones de ideas, no de combinaciones de actos y por eso se acercan a la ciencia. Las ideas que se combinan de esta manera tienen como objeto, no expresar la naturaleza de las cosas dadas, sino dirigir la acción. No son movimientos, pero sí programas de acciones y por ese motivo se acercan al arte. La pedagogía es una teoría práctica, que no estudia científicamente los sistemas de educación, pero reflexiona sobre ellos, a fin de proporcionar a la actividad de educar unas cuantas ideas que la pueden dirigir.

La pedagogía no solamente es útil en momentos críticos, debe ser un auxiliar constante e indispensable de la educación.

7. Conclusiones

Desde el momento en que la personalidad se ha convertido en un elemento esencial de la cultura, el educador deberá tener en cuenta la individualidad y favorecer su desarrollo. En vez de aplicar a todos, en forma invariable, la misma reglamentación impersonal y uniforme, tendrá que variar y diversificar sus métodos. Para ello es necesario saber qué persiguen los diferentes procedimientos, cuáles son sus razones de ser, los efectos que producen; o sea, deben someterse a una reflexión pedagógica.

Cada período de la historia, tiene su propia fisonomía, surgen nuevas ideas, nuevas necesidades y la educación debe cambiar y permitir que estos cambios se den: sólo mediante la reflexión constante se logra ese objetivo. La reflexión es una fuerza antagónica de la rutina y ésta última es el peor obstáculo para el progreso.

Para que la reflexión pedagógica pueda producir los efectos útiles es necesario que quede sujeta a una cultura apropiada.

La pedagogía no es la educación ni puede suplirla. Su misión no consiste en sustituirla la práctica, sino en guiarla, en conducirla, en iluminarla, en ayudarla si es menester.

Los pedagogos no tienen por qué construir totalmente un sistema de enseñanza, como si antes no existiera otro, deben dedicarse a conocer y a comprender el sistema de su tiempo, solo así pueden discernir y juzgar lo que hay en él de defectuoso o de acertado.

La cultura pedagógica tiene una amplia base histórica. El porvenir no puede ser evocado a partir de la nada, debe construirse con materiales que ha dejado la herencia del pasado, por eso el

análisis histórico de la educación es un medio para comprenderla, entenderla y mejorarla.

El pasado tiene su razón de ser, no habría durado si no hubiese ofrecido respuestas a necesidades legítimas, que no desaparecen de la noche a la mañana, por lo que es fácil hacer "tabula rasa" para iniciar cualquier doctrina pedagógica.

Solamente la historia de la enseñanza y de la pedagogía es lo que permite determinar los fines que deben guiar al educador en cada momento de su tarea.

Literatura consultada

- ALLPORT, G. W.
1970 Psicología de la personalidad. Ed. Paidós, Buenos Aires.
- ALLPORT, G. W. '
1976 ¿Qué es la personalidad? Ediciones Siglo Veinte, Buenos Aires.
- DURKHEIM, Emile.
1976 Educación como socialización. México: Ediciones Sígueme.
- FREIRE, Paulo.
1983 La educación como práctica de la libertad. Montevideo, Ed. Tierra Nueva.
- ZEMKE, R. y S.
1991 Treinta aspectos conocidos del aprendizaje adulto. Boletín bibliográfico de Sistemas de Educación Abierta No. 6, México, pp. 26-27.